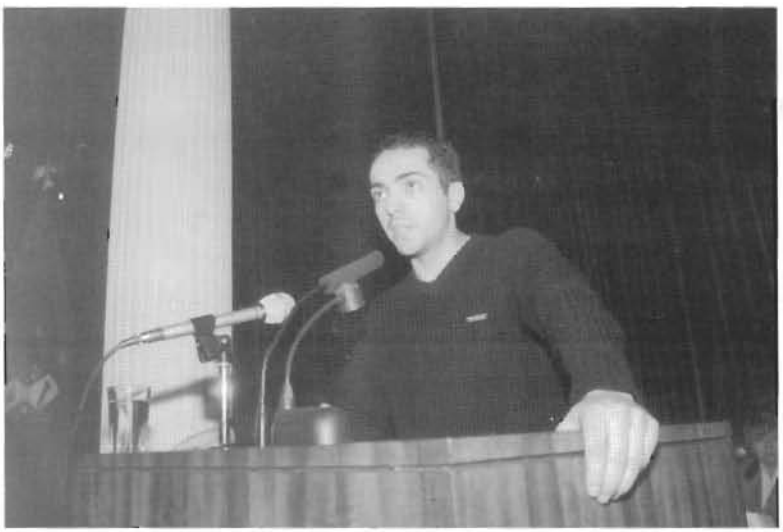
ACERCAMIENTO GENERACIONAL A UNA HISTORIA

Por ALEXIS MORENO DE ZARATHOS.
Alumno IV Año
Mención Actuación Teatral.

PEDRO DE LA BARRA, AGUSTIN SIRE, DOMINGO PIGA, PEDRO ORTHOUS, SERGIO AGUIRRE, FERNANDO GONZALEZ, HUMBERTO DUVAUCHELLE, ENRIQUE NOISVANDER, JOSE PINEDA, DIANA SANZ.

Las historia que tienen por contar, la experiencia acumulada, la tristeza vivida, la alegría vivida, la nostalgia del recuerdo, la felicidad de estos cincuenta años, para ustedes señores, para vosotros estas palabras que creo al principio del camino, aquel camino regado ya por ustedes, aquel camino que conduce hacia alguna parte, no sabemos cuál.



Acercamiento generacional a una historia.

Ustedes lo han advertido: todo paisaje de este camino que no contenga altos obstáculos que atravesar es una mentira. Puedo mirarlos el día de hoy, y reconocer en sus rostros que vuestra experiencia es la cristalización de errores y aciertos. Porque nos enseñaron parte de su vida, porque nos golpearon en el rostro que no se puede ser exitoso si nuestras ansias no contienen la vitalidad del anarquismo.
Los cincuenta años me muestran sus días obligados a cuestas, y la cuesta que tendrán que subir nuestros días.

En estos días no podemos dejar de dar un suspiro.

Y no es que desee elevarlos a la altura de ángeles, no. Porque no se construyen ángeles, sólo nuevas formas de admirar.

Es curioso, leyendo esta especie de discurso, mi espíritu y sus revoluciones se sienten un puente entre estos cincuenta años y los próximos cincuenta que mi generación desea celebrar.

Alguien me dijo alguna vez que del teatro chileno sólo quedarían recuerdos añejos, que todos sus actores se convertirían en butacas rematadas para algún colegio, desaparecería el telón, devorado por polillas y olvidado hasta por la noche de los tiempos, mientras el público ausente ría con otros idiotas sin saber siquiera que algún día hombres como ustedes lucharon por algo.

Pero mi juventud quiere decir que todo aquello es falso, mi juventud dice que hombres como ustedes respiran con más fuerza luego de su muerte. Mi juventud cree en los esfuerzos y en estos cincuenta años de historia, y debo estar en lo cierto. ¿No debo creer en un fracaso, verdad? ¿No debo creer eso de que el Teatro Nacional Chileno Antonio Varas ya no existirá?, ¿verdad?.

Hablaré de cómo llegamos a tener contacto con estos cincuenta años, de cómo sus vivencias se encontraron con nosotros, los alumnos.

Ahora les hablo a mis iguales.

Primero recuerdo las escuelas básicas, y pienso que sólo eran cárceles disfrazadas en donde se fabricaban neuróticos, histéricas y sujetos llenos de resonancias infantiles reprimidas, en donde los recreos eran un pequeño suspiro de libertad.

Después recuerdo la enseñanza media, eso fue mejor. Aprendimos a fumar, a besar, y un día comenzó la carrera...

Luego de miles de discusiones para que papá y mamá aceptaran de mala gana lo que queríamos estudiar, luego de inscribirnos en Marcoleta 58, luego de llenar círculos y omitir preguntas en los ensayos, luego de recibir un lápiz Johan Faber N°2 para contestar la prueba de aptitud, luego de ver la ponderación, luego de conocer el interior del edificio de la Facultad, allá en Compañía y pensar en lo horrible y descuidado de tal edificio, luego de llegar por primera vez a la escuela de Morandé 750 e imaginarnos estudiando ahí, luego de dar las pruebas especiales, luego de pensar cosas insólitas esperando los resultados, luego de pasar las vacaciones comiendo uñas y pensando en la Chile más que en el sexo, luego de conseguirnos La Nación como sea y ver nuestro nombre en ese pequeño espacio, luego de celebrar en forma inmoral pero igual rico, luego de recibir en la casa la carpetita famosa con un autoadhesivo que dice YO SOY DE LA CHILE, luego de ver el arancel y no hacer comentarios en casa, luego de mirar al cajero del Banco del Desarrollo y recibir el papelito de la matrícula timbrado y pobre que se te pierda, dice Nelson López, luego de creernos la muerte por entrar a la Universidad de Chile. Y para algunos, luego de ponerle caritas tristes a la asistente social, luego de conseguir tantos papeles como pelos en la cabeza, luego de mentir como nunca en el formulario para pedir crédito.

Y luego del primer día de clases, en donde te asustaste con Fernando González, luego del mechoneo y el primer comentario en familia del primer día del resto de nuestros días, luego de darnos cuenta de que seguimos vivos gracias a nosotros, luego de sentir esa voz en el interior que ya nunca más calló, luego de darnos cuenta que podríamos ser artistas, luego de creer que somos artistas... estamos acá, mirándonos como iguales.

Es extraño, estar presente en esta celebración de cincuenta años. Es extraño pasar de la distancia de cada una de nuestras vidas a una comunión con la historia de antiguos hombres y actuales maestros. Que llees hablar de amistad, y yo no quiero llegar a recordar a mis amigos verdaderos, quiero que ellos vivan en mí como un eterno presente.

Los alumnos somos el movimiento de esta máquina, un grupo de soñadores que llegan tímidos y se van nerviosos, un puñado de niños que logran sentirse en sus juegos de adultos; hombres y mujeres llenos de vida, de risas, llantos, miedos, reflexiones, acciones, peripecias, acrobacias, quejas, objetivos, super objetivos, premisas, preguntas, libros de Stanislavsky y por eso más preguntas todavía, tenemos juegos, tristezas, sueños, siempre sueños.

A mis maestros, gracias.
A mis amigos, gracias.
A los cincuenta años, gracias.

El artista debe aprender a construir su ciudad interior, debe ordenar su paisaje sicólogo; de lo contrario divagará por las vías neuronales como un desconocido de sí mismo.

A mis maestros, gracias.
A mis amigos, gracias.
A los cincuenta años, gracias.

Bienaventurado el pueblo gobernado por sabios artistas, sus fronteras deslindarán con las estrellas, su gloria brillará en fértiles herencias y sus hombres serán con respeto recordados por los imperios del provenir.

Eso.

Santiago, Jueves 13 de Mayo de 1999.